LA VANGUARDIA

El dinero en efectivo vuela

El pago con tarjeta de crédito se impone al abono en metálico en el día a día de los ciudadanos suecos y daneses

GLORIA MORENO – 18/02/2015

Los sistemas de pago electrónico o por tarjeta se están generalizando cada vez más, hasta el punto de que, en algunos países, el dinero en efectivo empieza a estar en vías de extinción. Entre los más adelantados están los nórdicos, con Suecia a la cabeza. Allí, los viejos y sucios billetes que utilizaban nuestros abuelos se están convirtiendo en una curiosidad. Cuatro de cada cinco compras son virtuales y cada vez son más las tiendas que ya no admiten el pago en efectivo, así como muchos autobuses públicos y las máquinas para comprar los billetes en el metro de Estocolmo. La situación es bastante parecida en la vecina Dinamarca, cuyas estaciones tampoco admiten el pago en metálico.

En los últimos años, incluso, algunas iglesias y mendigos han empezado a utilizar lectores de tarjetas para poder recibir limosna. Es el caso de los vagabundos de la capital sueca que venden la revista social Situation Stockholm. "Cada vez más, nos encontrábamos con personas que querían comprar la revista pero no podían por no llevar dinero en el bolsillo", explica a este diario Jenny Lindroth, portavoz de esta organización humanitaria, muchos de cuyos beneficiarios tienen problemas de drogas o alcohol.

Primero, en 2007, pusieron a su disposición un sencillo sistema de pago por SMS y, más adelante, en 2013, empezaron a utilizar un método más moderno, denominado iZettle que permite el pago por tarjeta. Tras los cambios, las ventas han aumentado, hasta el punto de que algunos de los vagabundos han notado un incremento del 40 por ciento.

La Iglesia de Suecia también se ha subido al tren del pago virtual. Desde hace algunos años, varios de sus templos cuentan con unas máquinas denominadas Collectomat, parecidas a las que se utilizan en los parkings para el coche. "El objetivo no es sustituir las colectas en nuestros servicios religiosos sino complementar las opciones para que la gente pueda hacer donaciones", explica Lars Åstrand, canónigo de la Catedral de Uppsala.

La situación en el norte de Europa es bien distinta de la de países como España, Grecia o Italia, donde gran parte de las transacciones siguen realizándose en efectivo. Sara di Baggio, de 34 años, vive este contraste en su propia piel. Originaria del Sur de Italia, lleva cuatro años en Suecia, donde trabaja como analista comercial. "Aquí se utiliza la tarjeta para todo, incluso para comprar

fruta o flores en el mercado. Así que, cuando vuelvo a mi país, noto la diferencia. Allí sólo las grandes cadenas y supermercados admiten la tarjeta. Tengo que utilizar efectivo hasta en la gasolinera, incluso en grandes ciudades como Roma".

Di Baggio, en cambio, no recuerda la última vez que sacó dinero en Suecia. "Pueden pasar meses enteros y en mi monedero no hay más que pequeñas monedas. Cuando me llega el sueldo, nunca llego a ver físicamente el dinero en realidad". En su opinión, este modo de consumo "simplifica la vida, no tienes que preocuparte de ir al cajero o del riesgo de que alguien te robe y, si pierdes el monedero o te lo quitan, basta una llamada telefónica y el banco te bloquea la tarjeta". En su opinión, sin embargo, la gran ventaja de este fenómeno es la transparencia. "El dinero negro no existe: todas las transacciones quedan registradas".

Muchas sucursales bancarias ya no tienen metálico. De las 231 oficinas que Nordea, uno de los principales bancos del país, tiene repartidas por todo el territorio, sólo 41 distribuyen contante. Esta circunstancia ha impactado en la cifra de robos a bancos, que en los últimos 30 años ha caído en picado. Con todo, el paso a una sociedad sin metálico significa menos atracos y, sobre todo, más transparencia y menos corrupción. Pero con ella también llega el Gran Hermano. Todo lo que compras y dónde lo compras queda registrado. Desaparece el anonimato y, sin reglas más claras, este cambio de paradigma puede dar pie a graves intromisiones en la privacidad del ciudadano.

Un proceso, por cierto, en el que "los grandes beneficiados acaban siendo los bancos", advierte Björn Eriksson, ex jefe nacional de la Policía sueca. Con la progresiva desaparición del dinero físico, las entidades financieras ahorran importantes gastos de gestión, al tiempo que aumentan sus ganancias por las comisiones que cobran con los pagos con tarjeta, que en Suecia corren a cargo de los comercios.

La conversión hacia una sociedad sin cash, por lo tanto, es como la historia del huevo y la gallina. Por un lado, está la creciente demanda ciudadana de métodos rápidos, fáciles y seguros de pago virtual. Pero por otro está el claro interés de los bancos, que han reducido la cantidad de billetes y monedas en circulación y las posibilidades de obtenerlas con facilidad.

Por esto, Eriksson advierte que la sociedad debería evitar quedarse completamente en manos de los bancos, señalando que una manera de hacerlo es, precisamente, "reivindicando el derecho a disponer de dinero en efectivo", puesto que, "si éste desaparece, los bancos podrían aprovecharse de su situación de monopolio para inventar nuevas comisiones".

Otro de los puntos negros en este proceso es el riesgo que presenta el crimen cibernético, un tipo de robo mucho más sofisticado y difícil de combatir que los atracos convencionales. En base a su larga experiencia policial, Eriksson estima

que este problema es más grande hoy de lo que antaño era el robo tradicional. Según el Ministerio de Justicia sueco el fraude electrónico es el doble de lo que era una década atrás. "Pero los bancos esconden las cifras, lo que hace que el problema sea difícil de contabilizar", señala Eriksson. "No les conviene propagar el pánico". Y aunque pierdan dinero, porque normalmente son ellos quienes deben responder cuando un hacker saca dinero de una cuenta, "al final les acaba compensando, pues lo que ganan en todo este proceso es mucho más que lo que pierden".

También impredecibles serían los daños que podría causar un fraude o fallo informático masivo, mientras que algunas organizaciones caritativas señalan que la desaparición de billetes y monedas acabaría marginando todavía más a los pobres y personas más vulnerables, un colectivo que a menudo vive fuera del sistema bancario.